E ELUCIDARIO. Nº 1 (Marzo 2006). págs. 81 a 88
Seminario bio-bibliográfico Manuel Caballero Venzalá

# Edgar Quinet, viajero del lenguaje en Bailén

ENCARNACIÓN MEDINA ARJONA
Universidad de Jaén

RESUMEN

En *Mes vacances en Espagne*, Edgar Quinet propone un recorrido por la realidad político-social de España. El viaje se transforma en una elipse del lenguaje sobre sí mismo, sobre su expresión literaria y su valor social. En el capítulo dedicado a Bailén, valoramos la interrelación de reflexiones a la escritura de la historia, desde lo poético, lo histórico y lo épico.

«L'histoire, dans son commencement comme dans sa fin, est le spectacle de la liberté. […] Le jour où la liberté manquerait au monde serait celui où l'histoire s'arrêterait»[1]. Edgar Quinet no concibe al hombre más que con la libertad como esencia; la historia del hombre es la de una toma de conciencia cada vez más aguda de lo que le separa de la naturaleza; es el caso del devenir del arte, cada vez más personal y humano; y es el caso particular de la poesía épica, que de la totalidad natural desprende la conciencia de una nación o de la humanidad[2]. Y es que el movimiento del humanitarismo al que pertenece Quinet reclama, a mitad del siglo XIX, la conciencia y la libertad, pero absorbidas en el ser colectivo: «Dépouiller l'individu pour enrichir l'espèce, diminuer l'homme pour accroître l'humanité, voilà la pente […]. Cette idée a une certaine grandeur titanique qui nous enchante tous»[3]. Pero ciertamente el concepto de valor colectivo que busca el autor no está exento de una secreta angustia del individuo que teme encontrarse también en el *yo* colectivo. En este sentido, el humanitarismo sería una forma más de una filosofía de la nada del hombre.

En tal contexto filosófico, escribe Edgar Quinet *Mes vacances en Espagne*[4] entre 1843 y 1844. Enmarcado en el tono de los libros de via-

[1] *Introduction* de Edgar Quinet a su traducción del alemán de la obra de Herder, *Idées sur la philosophie de l'histoire de l'humanité*, en *Oeuvres complètes*, t. VIII, Paris, Hachette, 1877-1882. pp.30-31, 33-34.

[2] Edgar Quinet, *De l'origine des Dieux*, en *Œuvres complètes*, t. VIII, Paris, Hachette, 1877-1882, *passim*.

[3] Edgar Quinet, *Examen de la Vie de Jésus par le docteur Strauss*, en *Œuvres complètes*, t. VIII, p.211-212.

[4] Para el conjunto de citas a esta obra, nos referiremos a Edgar Quinet, *Mes vacances en Espagne*, L'Harmattan, 1998 (Reedición del Tomo 9 de *Oeuvres complètes*, Edition Pagnerre, Paris, 1857).

jes del periodo de la Monarchie de Juillet, el texto que trataremos continúa, sin embargo, la corriente que iniciara Victor Hugo en *Le Rhin*, donde escribir el viaje supone presentarse y proponerse a sí mismo como historiador y pensador («Je suis un grand regardeur de toutes choses, rien de plus, mais je crois avoir raison; toute chose contient une pensée; je tâche d'extraire la pensée de la chose»[5]). Algunos años antes, durante el verano de 1840, aparece en el periódico *La Presse* de Émile de Girardin, *Le Voyage en Espagne* de Théophile Gautier, donde se mezclan la crónica humorística y las indicaciones turísticas; la fantasía no excluía la observación seria y simpática[6]. Faltaba, pues, por aparecer, un libro escrito por un verdadero conocedor de la literatura y de la cultura española; faltaba un largo paseo que siguiera el hilo del pensamiento sobre lenguaje y la comunicación de las ideas en España. Así lo hace Quinet; su viaje por tierras españolas le lleva a acercarse al pueblo a través de un trenzado entre la historia y el significado del lenguaje. Subrayando a menudo el silencio de los españoles, lo contrapone en cada uno de sus capítulos con la admiración por la expresión de la palabra, germen de la soberanía colectiva. Ese pueblo «mudo» sabe de su necesidad de una autoridad espiritual, pero dicho cargo sólo es entendido por el autor como asignado a grandes pensadores, o al pueblo en su democracia, o al individuo en su libertad. El tono desolador de *Mes vacances en Espagne* responde a la carencia de esa «palabra pública» encargada de dirigir los destinos de los españoles a mediados del siglo XIX. Quinet visitaba España con el convencimiento de que su viaje le acercaría a lo que él llamaba un renacimiento literario: «Je pris plaisir à décrire cette renaissance. Les hommes que l'expérience de la vie publique avait blessés se consolaient au spectacle de l'imagination et de la poésie» (p.4). Efectivamente, política y literatura estaban íntimamente ligadas por aquella fecha en la vida pública española; recuérdense nombres como Zorrilla, Martínez de la Rosa, Olózaga, Pidal, Alcalá Galiano, Larra. El itinerario general del autor por nuestras tierras serpentea entre la vida pública, a cuyo desarrollo asiste personalmente, y el espíritu del pueblo, marcados ambos por la tradición literaria que les acompaña.

En el recorrido que le lleva de norte a sur de la península, Andalucía no se hace esperar y está presente ya desde el principio de la obra. Andalucía era en ese momento el viaje exótico con más evocaciones del viaje a Oriente, o del viaje a la imaginación («[...] et l'Alhambra semble fait pour éterniser le crie de joie de la terre et du ciel dans l'Eden d'Andalousie» (p.169)). El Prólogo de *Mes vacances en Espagne*, que es verdaderamente todo él una hermosa invitación a la lectura de libros de viajes, ya nos avanza el cielo andaluz, como si de la única meta del viajero se tratara:

---

[5] Victor Hugo, *Le Rhin*, Ollendorff, Imprimerie Nationale, edición de 1906, p.381.

[6] Cfr. Nicole Savy, *Victor Hugo, voyageur de l'Europe*, Bruxelles, Editions Labor, 1997, p.17.

«Amigo lector, si te aburres en casa, bien porque tus ojos no encuentran más que un rostro indiferente, un muro gris bajo tu ventana, o que tu corazón sea prisionero de no sé qué pensamiento, o que, por cualquier otra razón, envidias la golondrina que emigra en otoño, te invito a deshacerte de tus cadenas y a partir conmigo. Ven, sal de tu perezosa cama. Yo me encargo de los preparativos. No tendrás ningún adiós que hacer, ni maleta que llevar. Préstame sólo tu alma, en compañía de la mía. Te prometo devolverla sana y salva, antes de que tus amigos se hayan dado cuenta de tu ausencia. […] Tu cuerpo, quedándose en casa, bastará perfectamente para lo que exigen los asuntos o el decoro de la política y de la religión. Él responderá, si alguien te visita; rezará por ti, si eres predicador; versificará por ti, si eres poeta; votará por ti, si eres hombre de Estado; e incluso, en caso de necesidad, hará en la tribuna, un excelente discurso sin alma, el que te otorgará, de pleno derecho, el gobierno para cuando vuelvas. […] Deja en casa el pesado equipaje de los odios, de los resentimientos, de los cálculos personales, de los grandes sistemas, de las pequeñas ambiciones de los que estás tan cargado. No cojas nada contigo más que las alas serenas de tu espíritu, color del cielo de Andalucía; o mejor repliégalas aún un momento en el fondo de este coche de provincia. Cuando sea tiempo de planear libremente, con el genio de la caballería, sobre las montañas del Cid, te avisaré prudentemente de la sacudida, una hora antes. ¡Mira! Tira por ahí, por la puertezuela del coche, esa erudición prestada, esa filosofía doctrinaria y esa falsa edad media, pues, el tiro de caballos no puede arrastrarlas. ¿Estás preparado? Nos vamos» (p.6)[7].

Las esparcidas referencias a Andalucía, a veces inevitablemente estereotipadas, haciendo referencia a la llama andaluza («Mais, où, en quel climat, dans quel règne de la nature chercher la comparaison, quand, sous un front blanc de marbre, enchâssé dans les cheveux d'un blond cendré, jaillit à l'improviste la flamme de l'Andalousie?» (p.26); otras, poéticas sin dejar de tratar la temática exótica y mítica del toro («On l'entoure, il fait tête de tous côtés; il finit par rencontrer un des chevaux morts; il s'arrête, il flaire le vaincu ; il se couche sur le flanc, clame et ruminant, la tête droite, comme au milieu des fleurs, dans les prairies natales, au bord du Guadalquivir» (p.33), del torero («Les plus riches, les plus brillants sont les Andalous, aux grands chapeaux, aux légères alpargatas, aux milles broderies, entremêlées d'aiguillettes d'acier. Tous défilent avec pompe, le peuple les regarde avec orgueil ; sur le sol encore tiède et sanglant, les danses recommencent» (p.38), del baile («chaque danseur andalou se prosterne jusqu'à terre, comme pour cueillir des fleurs qu'il sème ensuite sur la tête de sa danseuse […]O silence, rêveries, méditations de l'amour, au soir d'un jour d'Andalousie, sous les étoiles de Grenade!» (p.39) y del cante («Je vois encore ce sang, ces sourires, ces horribles blessures, ces odieuses agonies, le tressaillement du fandango, et l'Andalou qui s'arrête pour rêver...» (p.40)) están presentes fundamentalmente en el capítulo *Les taurreaux et le fandango*, pero es necesario puntualizar, como hemos señalado al principio, que no se trata de un texto de corte turístico-humorístico, sino del observador-pensador. Así, en el capítulo *L'Escurial*, Edgar Quinet, con la misma idea de muerte pública sobre la que Larra construía su discurso, reclamando para España el derecho a terminar su peregrinación hacia el vacío, teje el hilo conductor que guiará su particular visión del pueblo español. El autor francés acude al símbolo del pasado que supone el Escorial y, cuando se acerca a visitar el monumento en busca de ecos de un glorioso pasado de caballerías, catedrales, mezquitas y arte gótico, el historiador descubre una arquitectura rígida y absolutista; Felipe II y su arquitectura no dejan de asemejarse a un mausoleo, a la tumba de España. Y, en ese momento, Quinet vuelve al recuerdo que le inspira la poética de Calderón, la fiesta y el duelo, la austeridad y la voluptuosidad, el trono y el sepulcro, el ir y venir de un extremo a otro del mundo moral, para terminar el capítulo con la referencia a Andalucía: «Tout un peuple a été emprisonné et dort dans son

[7] La traducción es nuestra.

cercle magique. Comment un coeur isolé échapperait-il à ce souffle de glace? J'ai besoin du soleil d'Andalousie pour me guérir du froid de l'Escurial» (p.93).

En la estructuración de los capítulos, anunciados con nombres de ciudades, de literatos o con referencias a la política española, la entrada del viajero Quinet en Andalucía se realiza a través de un pórtico a la vez literario y espacial. Los tres capítulos anteriores a su llegada a Andalucía recorren el paso natural de alguien que viene de Castilla. *Tolède*, *Les brigands! Debemos gracias a Dios* y *Une conversation en traversant la Manche* son significativos en su conjunto porque en ellos el texto rebosa de referencias a Don Quijote, sublimando el texto, jugando con la ficción literaria y la realidad del momento, entrelazando comparaciones entre las gentes y los personajes ficticios, haciendo de Quijote del siglo XIX[8], otorgando a Dios todo el poder de la imaginación creadora del escritor: «Dieu qui fit l'Espagne semblable à l'immense Orient, est le premier inventeur du roman de Michel Cervantes; et l'homme amusé, trompé, berné par cette perspective lointaine, est ici entre ses mains l'éternel Chevalier de la Triste-Figure»(p.143).

En *Mes vacances en Espagne*, la importancia de las ideas entra en correspondencia con el lenguaje. El capítulo *Bailen*[9] no queda fuera del entretejido viaje literario y el acto de escritura rememorada asoma por una triple vía; la del Duque de Rivas, la de Dupont y la del propio Quinet. Cuando, al final del capítulo, el autor presta sus renglones a la voz del Duque de Rivas en el romance «Bailén», lo argumenta sobre el poder de la palabra del poeta frente al documento histórico-oficial. La voz del Duque de Rivas, quien intervino en la guerra de 1808, está capacitada para expresar lo que siente el pueblo; la palabra del poeta es más resucitadora que la del historiador; más útil para mostrar el impulso humano: «Le morceau suivant, où revit l'enthousiasme de 1808, exprime avec plus d'exactitude qu'aucun document officiel le caractère des lieux et l'impression populaire qui a suivi cette journée» (p.161). Por otra parte, la memoria de una batalla implica dos bandos, y en este caso dos hombres de letras, Rivas interpreta la réplica al escritor francés. La reverencia de Quinet hacia la fuerza de la lengua española y su poder sobre el pueblo viene expresado a través de observaciones sobre Alcalá Galiano, a quien consideraba uno de los eminentes oradores de España, país que se dejaba mover por la fuerza misteriosa e irresistible de la oratoria, en palabras del autor de *Ahasvérus*. El torrente de lengua es considerado tan poderoso como una fuerza natural, más fuerte que el propio orador que se deja arrastrar por ella. En el caso de Galiano, Quinet observa cómo éste combatía, una tras otra, todas las definiciones dadas de la libertad, pero como no las sustituía por ninguna, se deducía que España había vertido ríos de sangre para perseguir un fantasma que resultaba ser sólo una palabra: «C'était l'éloquence d'un homme sincère, qui brise ce qu'il a élevé, et, dans un désespoir tout viril, s'indigne de la stérilité de ses anciennes idoles»(p.43).

De la carta manuscrita del general Dupont a Berthier, Edgar Quinet, cita textualmente: «Nous nous trouvions au milieu des *montagnes impraticables de la Sierra* dans la situation d'une armée assiégée» (p.160). La frase dará pie a un párrafo de lamento por el engaño y la decepción. Engañado, porque tras ver el paisaje desde el Herrumblar* hasta el Guadalquivir, faltaban las montañas impracticables a las que hacía referencia el general y en su lugar aparecían suaves cuestas sembradas de olivos, el escritor observa con decepción cómo el texto que él preveía creación del relato de una batalla épica se le desmoronaba ante la posible escena de debilidad. Aunque el autor de *Prométhée* ya adelanta-

[8] El largo capítulo XXIV, *Un voyage à vol d'oiseau*, relata la proeza del viaje desde Granada a Córdoba, a través de los montes dominados por bandoleros, pasando por Alcalá la Real, donde se detiene en una posada. El planteamiento y las evocaciones son las de una nueva aventura de la que termina asegurando que Don Quijote, en sus mejores tiempos, no tuvo muchas iguales: "Don Quichotte, dans son meilleur temps, en a-t-il eu beaucoup de semblables?" (p.205).

[9] Que, por su amplitud, presentamos en Anexo.

* El Rumblar.

ra que el lenguaje puede presentar momentos de desafío o de respeto («un élan de fierté où le défi se mêlait au respect. Il redressa la tête avec enthousiasme, et conclut par ces mots»(p.60), se presentó a sí mismo en el momento de abordar la política española, en el capítulo *Trois jours de l'histoire d'Espagne*, como deseoso de objetividad («Je voudrais peindre avec impartialité» (p.50).

La tercera recurrencia intertextual la extrae Quinet de su propia obra. Cofundador, junto con Hugo y Béranger, de la leyenda poética de Napoleón[10], publicó en 1836 un poema épico narrativo, o una colección de poemas, titulado *Napoléon*. Escrito en el mismo tono popular que el texto que nos ocupa, mezcla de los misterios divinos con los hechos históricos, observamos que el capítulo *Bailen* termina diciendo «A travers le bourdonnement de la vie renaissante, chaque insecte criait comme les califes Almohades: *Dieu seul est vainqueur*» (p.163); lo que podemos relacionar con uno de esos poemas escritos años antes, en el que la voz del emperador termina diciendo: «Voilà ce que j'ai fait; je ne m'en repens pas; / Et je le referais dans les mêmes combats. / C'était l'oeuvre de Dieu; qu'il l'achève à sa guise!»[11]. Aunque posteriormente, en 1857, lamentara haber cedido a la leyenda en cuanto a la figura de Napoleón Bonaparte, y se transformara luego en el enemigo irreconciliable del Segundo Imperio, el de Napoleón III, sin embargo, nunca renegó de su poema en el que la persona del emperador francés deja entrever posibles notas, quizá no tanto de un agente providencial, pero sí de un cumplidor del itinerario preestablecido de la Historia –que, afortunadamente, Quinet equilibra con una Soberanía colectiva–. Y, teniendo presente que en 1854 el humanitarista francés escribe a un amigo confesando que años antes había querido ver en el napoleonismo un elemento de libertad que nunca existió, de *Mes vacances en Espagne* subrayamos un testimonio más que redime la figura de Napoleón; cuando, en medio de contradicciones, Quinet se pregunta de dónde viene el soplo que agita a España, y su conclusión es que Napoleón había dejado tras sí, sin saberlo, una revolución; que en la Guerra de la Independencia, España se salvó sin ayuda del rey; que aprendió a hacer las cosas por sí misma; que su propia fuerza le fue revelada en esas batallas en las que la monarquía estaba ausente; que en ese aislamiento heroico fue donde sintió su soberanía.

Cruzando los Pirineos, ya de vuelta a Francia, el libro se cierra con un *Épilogue* en el que el lector, que recorrió España con su texto, al que le enseñó la venta de Cárdenas y los olivos de Bailén, vuelve a ser protagonista del viaje:

«Lector, te he traído de vuelta, como te había prometido, a la entrada misma de tu provincia; desde aquí, ya ves el tejado de tu casa; de pronto, sin escuchar nada, tomas impulso, me dejas, te separas de mí en el momento mismo en que caigo entre las manos de mis críticos que esperaban mi regreso» (p. 261).

---

[10] Véase Paul Bénichou, *Le temps des prophètes. Doctrines de l'âge romantique*, Paris, Gallimard, 1977, p.468.

[11] *Napoleón*, poema XLIX, en Paul Bénichou, *Op. cit.*, p.469.

# Anexo

# XXI

# BAILÉN

Nada ha cambiado en el *pueblo*, dice con gravedad, hablando para sí, el viejo oficial, en el momento en que alcanzamos una aldea dispersa en un prado. Frente a esa palmera, el campanario de esta pequeña iglesia y su campana al aire me recuerdan algo. –¿Qué quiere usted decir? proseguí, sospechando la respuesta. –¡Pues sí! ayer Ocaña, hoy Bailén. ¡Mire, qué me importan los dos! no hablemos más de ello, y fumemos juntos aquí un cigarro, sin rencor.

El resto de mis compañeros guardaron silencio; pero sus ojos brillaban.

Bajo un sol deslumbrante, veo espejear unas casas blancas de nieve; cada una tiene sus ventanas encerradas en negras jaulas de hierro; lo que da a estas casuchas un aspecto a la vez trágico y radiante. Al final de una callejuela desierta, por donde se arrastra un arroyuelo de fango, un grupo de campesino con amplios sombreros andaluces se para; llevan aún los largos almocafres con los que persiguieron a un ejército prisionero. El aire templado vibra en mis oídos, del toque de alarma de 1808. En los prados, las hojitas de los pálidos olivos temblequean con un soplo insensible que parece exhalar la tierra cual respiración de los muertos. ¡Primer pueblo de Andalucía! ¡Horcas caudinas para Francia! ¡Único campo de batalla donde se quedara el honor! Dieciocho mil franceses entregaron aquí las armas, en el campo raso, ante una pandilla de campesinos y de reclutas.

Napoleón, con el ruido de cien victorias, no pudo apagar el toque a rebato de esta campanita cascada, que sigue tintineando a través de prados y huertos. Millones de hombres han muerto para compensar lo que se perdió aquí en una hora. En medio de las fiestas del Imperio, este campanario de ocho lados se erige como el signo de Dios en la Fiesta de Baltasar. Las victorias continúan; pero el punto débil ya se ha encontrado; ese día de 1808 profetiza 1814. Tras el carro triunfante del Imperio, una voz de muerto grita incesantemente ¡Bailén! ¡Bailén! y nada puede sofocarla. Ni una sola ciudad de España, ni un pueblo que no pretenda ser otro Bailén. Este nombre trágico cruzando más allá de los Pirineos, Austria, Prusia, Rusia lo buscan a su vez en sus tierras, en Wagram, en Moskowa, en Leipsick. La guerra se hace eterna: Bailén llama a Waterloo.

¡Jornada inaudita! El 19 de junio de 1808, a las tres de la mañana, el general en jefe del ejército de Andalucía, Dupont, llegaba con nueve mil hombres sobre esta meseta de olivos, a media legua del pueblo; venía a reunirse allí con el resto de sus tropas, y se alegraba de haber adelantado una marcha al ejército español, dejándolo tras sí, al otro lado del puente de Andújar. En las tinieblas, sus soldados en marcha se enfrentaron contra un pelotón. Eran veinticinco mil españoles recién reclutados; esos conscriptos tuvieron la singular audacia de pasar el Guadalquivir, de arrojarse entre los dos cuerpos franceses para cortar la retirada del general en jefe. Dupont ve el peligro; se despliega inmediatamente a los dos lados del camino y comienza el ataque, rompe la primera línea. Sus últimas reservas llegan; carga tres veces sobre tres columnas; los campesinos resisten con firmeza. Tras ellos estaba el entusiasmo de la Junta de Sevilla.

A las once, siendo excesivo el calor, Dupont manda solicitar una suspensión del ataque. Soldados y oficiales se acuestan bajo los olivos, se duermen o dispersan buscando un hilo de agua. Cada momento agrava la suerte de ese ejército, sentado entre sus muertos, que un sol punzante comienza ya a pudrir. Los propios generales, acostados en el suelo, ni se hablaban. Era un silencio de piedra que contrastaba con los gritos de venganza que lanzaban los enemigos estrechando cada vez más el círculo. Se añadía

la diferencia de que el cuerpo francés estaba como encadenado al gran camino por quinientos carros de botín recogido en el saqueo de Córdoba, mientras que los españoles, desnudos, tenían libres todos sus movimientos. Algunos de los jefes habían dejado su corazón en los carros.

Dupont, siguiendo el consejo de Marescot, consultó a los jefes de los cuerpos del ejército sobre los medios para reanudar el combate. Dos generales declaran que la infantería está en las últimas, un tercero, que la caballería podría, como mucho, proporcionar una débil carga. Ante esa respuesta, al general en jefe, con todo lo valiente que era, faltándole valor de espíritu, se juzga perdido; solicita capitular.

¡Cómo no intentó al menos abandonar este funesto gran camino, por la tarde o por la noche, y atravesar en una única columna apretada, sobre una de sus alas, campo a través! He recorrido ese trecho; el terreno no le habría presentado por sí mismo ningún obstáculo. «¡No conocía el lugar! ¡Lo creía impracticable!» ¡Sea! Lo que después de todo sigue siendo inexcusable es que no haya vuelto a reanudar el ataque, a cualquier precio, esa misma tarde del 19, cuando, a menos de una legua, oyó el cañón salvador de Vedel que, ardiendo por reparar su falta, venía con fuerza a despejarle el camino con diez mil hombres. El cuerpo del ejército español, tomado por su cabeza, por su cola, ya herido, no podía resistir.

Ligado por su apresurada capitulación, Dupont envía al Vedel victorioso la orden de cesar el combate, de devolver sus prisioneros, de deponer las armas. Lo que fue ejecutado ciegamente. En cuanto la capitulación fue violada, sólo los generales y algunos oficiales del estado mayor volvieron a ver Francia; el resto, oficiales y soldados, fue, hasta el último hombre, a morir de hambre y de vejaciones, sobre los pontones de la patria de Hudson-Lowe.

Me acordaba de haber leído, en una carta manuscrita del general Dupont a Berthier, la frase siguiente: «Nos encontrábamos en medio de *montañas impracticables de la Sierra* en la situación de un ejército sitiado». Según esto, siempre pensé, a mi vez, explicar esa jornada por la aspereza del lugar. Cuál no fue, pues, mi sorpresa, cuando estudiando el país, desde Herrumblar al Guadalquivir, sólo vi una llanura ondulada, o montecillos de suave pendiente, aquí y allá clareadas de olivos, que a todos los costados abrían, como un vergel, avenidas y salidas naturales! Si esos dieciocho mil hombres hubiesen sido despedazados, al menos el enemigo habría sentido el contragolpe. ¡Pero ir imperceptiblemente, sin defensa, entregar las armas y acostarse sobre el lecho de afrentas, eso sí que era un prodigio! En tal signo, España reconoció la mano de Dios; su guerra sagrada comenzaba por un milagro.

Sería una nueva flaqueza, en el historiador, excusar esa jornada; valdría tanto como enseñar a repetirla. ¡Tenían calor! ¿Acaso no lucía también el sol sobre los españoles? ¡Estaban rodeados! ¿Acaso no lo estaban los españoles, con más suertes contrarias, puesto que el más mínimo fracaso los tiraría y ahogaría en el Guadalquivir? ¡Tenían hambre, no comían desde la noche anterior en Andújar! ¿Cómo no comieron, como en Maguncia, los caballos de los carros atiborrados de oro? La inanición moral los mató mucho más que el hambre del cuerpo. Esa hora rápida es en la que el soldado vive del alma de los oficiales; ¿por qué los generales no los sostuvieron, al menos durante una mañana, con la levadura de honor que tantas veces engañó al hambre y la sed en los campos del Rhin y de Italia? Los españoles arrebataron a los franceses el alma de su revolución; patria, independencia, libertad, con esas palabras que les habíamos enseñado, fueron ellos quienes hicieron el milagro. El caso de España comenzó políticamente con una usurpación, militarmente con una indignidad; Bailén fue el castigo de Bayona.

Puesto que es necesario que bebamos esta hez, prefiero dejar hablar en mi lugar al poeta español que mantuvo la espada en esta guerra, el duque de Rivas. El párrafo siguiente, donde revive el entusiasmo de 1808, expresa con más exactitud que ningún documento oficial el carácter del lugar y la impresión popular que siguió a aquella jornada. A esta altura del alma, los resentimientos humanos ya no alcanzan, no

hieren a nadie. El orgullo de un pueblo desaparece en la emoción religiosa. Tras el furor de una nación, queda la extrañeza, la acción de gracias, un cáliz de sangre ofrecido de rodillas en medio de un campo de olivos. Nada se parece menos a la alegría rencorosa de los poetas alemanes después de Leipsick. En el pensamiento del español, no es España, es Dios quien ha vencido a Francia. Los hombres se retiran para que se vea la Providencia; y el castigo cae de tan alto, que engrandece a los mismos que inmola.

«¡Bailén! ¡Palabra mágica! ¡Qué español, al pronunciarte, no siente en su corazón arder la lava!

»¡Bailén! ¡La más pura gloria de este siglo ha levantado su trono en medio de tus campos!

»¡Bailén! ¡En tus vergeles de olivos, tranquilos y solitarios, sobre tus mudas colinas, a orillas de tu arroyo, sobre tus prados, el Dios tres veces Santo ha colocado su trono inflexible; ha jurado la eterna independencia de España!»

«La voz de Dios ha pronunciado; –es obedecido. La tropa de valientes, cubierta de acero, los granaderos invencibles, los caballos belicosos, los bronces tonantes, los jefes intrépidos que se abrieron un camino fácil por encima de las crestas del Mont-Cenis y del San Bernardo,

»Los que humillaron los raudales de la Vistula y del Danubio, de la Mouse, del Rhin y del Arno, no pueden la mansa cuesta trepar del collado manso de Bailén, ni encontrar un vado en el arroyuelo del Herrumblar.

»Y los que atravesaron mares de fuego, derribaron murallas con bayonetas no osan resistir al hierro de los quintos, al trabuco de los campesinos.

»Se agitan, se fatigan en vano. Hombres y caballos reculan rodando sobre la tierra.

»Y las águilas altivas, de plumas ensangrentadas, bajan su vuelo, hasta perderse en el fango.

»Y las legiones prisioneras que habían humillado al universo, cambiando su gloria en oprobio, desfilan encadenadas ante la multitud que, hace dos meses, artesanos o labradores, no sabían cargar una escopeta.

»¡Viva España! Grita el mundo despertándose de su letargo. Al grito de la tierra, una estrella se apaga en el firmamento.

»Y en lo que tarda Dupont en deponer su espada y el laurel de sus compañeros a los pies del jefe español, dos arcángeles toman su vuelo desde lo alto del trono del Eterno.

»Uno para llevar la noticia al polo y cambiar sus hielos en fuego, el otro para cavar bajo la zona tórrida, en la roca que domina el Océano, un sepulcro en Santa Elena».

En el lugar por donde crucé el Guadalquivir, el río árabe brillaba como un alfanje de oro. Los godos, los árabes, Mahoma, Napoleón, han ensangrentado el horizonte. Pero ningún recuerdo visible, ninguna ruina arruga la faz de esta tierra que ni el invierno puede domar. A medida que nos acercamos al reino de Jaén y al de Granada, la naturaleza, cada vez más impasible, lleva la marca de la fatalidad oriental. El año terminaba, y ya el sol volvía a quemar. A través del zumbido de la vida renaciente, cada insecto gritaba como los califas almohades: *Sólo Dios es vencedor*. (pp.156-163)[12]

[12] Si bien en Aurelio Valladares, La provincia de Jaén en los libros de viajes: reseña bibliográfica y antología de textos, Jaén, Universidad de Jaén, 2002, se selecciona el capítulo de Quinet, *Bailén*, a partir de la excelente traducción que realizara Manuel Núñez de Arenas, *Mis vacaciones en España*, La Nave, 1931. Hemos tenido la satisfacción de acercarnos directamente al texto para aportar nuestra propia versión.